

VIVIR peligrosamente

Una reciente información nos hacía saber que en Guipúzcoa un 25 por 100 de los pensionistas, presumiblemente anticipados, percibe su prestación por razones de invalidez.

Sabíamos que la vida era un valle de lágrimas, que nuestro tránsito está lleno de zozobras –un amigo acostumbra a decir que la vida es breve, corta y efímera, que el dolor nos acecha, que la edad es una usura, que todas las muertes son anunciadas. Lo que no sabíamos es que vivir fuera tan peligroso –en dónde y en Guipúzcoa– como para que una cuarta parte de los ciudadanos acabe su vida activa antes de tiempo. Eso sin contar a todos aquéllos que no la acaban de ninguna manera. Esos albañiles que se caen desde el andamio, esos representantes de comercio a los que acecha un accidente de carretera en la siguiente curva, esos funcionarios públicos abreviados por el stress de un trabajo enfebrecido.



Somos una sociedad que trata de precaverse de todo, que se asegura frente a la enfermedad, la vejez, el retiro, el paro, y los daños domésticos, que trata de mirar los toros desde la barrera y el peligro en el Telediario. Pues, bien, nada –ni siquiera el Estado de Bienestar–, ni nadie, nos ahorran la servidumbre del hombre blanco, la de arriesgar su existencia a cada paso, la de ser pasto de la casualidad común y carroña de lo imprevisible. *“Lo mejor de la naturaleza humana es sacrificada a un destino común llamado necesidad”*, decía Thoreau.

El dato alimenta una vieja sospecha; cumplimos más años pero sólo a costa de degradar la calidad de lo vivido. Hemos prolongado nuestra existencia pero eso sólo supone que vivimos más tiempo después de haber cumplido los sesenta. No son, sospecho, años dichosos, ni siquiera tranquilos. Mi abuela solía comentar: *“¡Qué fea es la vejez!”*, mientras se miraba al espejo. A veces olvidamos que la edad nos dota de una conciencia lúcida, doblemente dolorosa por cuanto se hacen patentes los estragos del tiempo.

Los que han estafado al País reclamando una falsa prestación de invalidez o incapacidad laboral (no hay quien se crea que hay un 25% de inválidos o disminuidos) se van a aburrir durante mucho tiempo. Justo castigo a su perversidad.

Como en la fábula del pastor y lobo, la próxima vez que pidan socorro, el Alzheimer o el Parkinson enmudecerán sus gritos de ayuda. Y no habrá ningún asistente social a domicilio que los salve.

Antton Perez de Calleja

